

## IN MEMORIAM

### LUIS GARCIA ARIAS (1922-1973)

Escribir su necrología es la tarea menos simpática y más difícil que imaginarse puede. Si la persona de que trata queda fuera del círculo de los sentimientos personales, insensiblemente se transforma en una reseña biográfica, con mucho de ficha individual o de artículo de diccionario. Si el descrito queda dentro de aquellos sentimientos, la pluma no corre: el pensamiento vuela y los sentimientos agarrotan la pluma. Esto sucede con Luis García Arias, ligado al Instituto de Estudios Políticos y a muchos lectores de estas líneas por vínculos que la muerte ha transformado, sin borrarlos; antes bien, los ha reforzado.

Luis García Arias sólo tenía cincuenta y dos años cuando murió, víctima de su derroche cotidiano de energías vocacionales, de desprecio por el cuidado de su salud —para consagrarse de lleno a sus tareas culturales— y de un proceso intestinal, grave en sí, y que siguió un fatal curso, contra el que nada pudo hacer, dada la atención y los medios de la ciencia. Nacido en Chantada, es curioso cómo él, español e hispano integral, a la vez que internacionalista, y por ello universalista, amaba con recatado silencio a su tierra galaica, de la que hablaba lo preciso para llevarla continuamente consigo. La guerra española le golpeó, como a su generación, en la frontera decisiva entre el bachillerato y el acceso a la Universidad. Acudió a la llamada de su ensangrentada Patria —él siempre ostentó con orgullo su emblema de Alférez provisional, en cuyas Hermandades trabajó incansablemente y conoció de este modo Zaragoza, ciudad en la que luego ejercería su fecunda docencia—. Notable ya como internacionalista, en la cátedra (o la publicación), ganó por oposición la de Derecho Internacional Público en Zaragoza; su presencia no tardó en hacerse notar, y aparte de la elevación de tono que imprimió a sus trabajos corrientes, allí creó algo que no debe desaparecer ni languidecer con su muerte física: la cátedra General Palafox —Palafox (o «la cátedra» a secas) para sus amigos—, por la que hizo desfilar, dando destacado ejemplo, a prestigiosos valores extranjeros y españoles, civiles y militares; hermanando, una vez más, las letras y las armas. Sus Colecciones dedicadas a geopolítica, estrategia y defensa nacional son trabajos de esa cátedra que gozan de amplia

reputación mundial. Mas, necesitaba estar en Madrid, centro y sede obligada de las instituciones y organizaciones de acción internacionalista, y un concurso de cátedras —vacante por muerte del profesor Luna— le trajo a esta Villa, en la que permanecería, hasta su muerte, como catedrático titular en la Facultad de Derecho, de la que fue —en tormentosos tiempos que ayudaron a minar su salud— Decano. Al morir era Vicerrector de la Universidad Complutense. Prontamente él, fiel discípulo de Barcia Trelles, con una fidelidad rara en nuestros días, repitió su labor de Zaragoza: crear equipo y escuela, con pensamiento propio, que no somos quiénes para presentar, pues quizá convenga que el paso del tiempo destaque más los rasgos y el alcance del pensamiento —hondo, calculado, no vocinglero, sistemático— de García Arias. Quizá alguien, —español o no— escriba la biografía de su obra, que tanta falta hace ya.

García Arias fue el primer Secretario del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional, y su motor, hasta su muerte. Organizó sus diez Congresos —aún le recordamos, hace un trimestre, en Lisboa, multiplicándose—, y por esa vía recorrió una docena de veces toda América, contándose por centenas las conferencias y los cursos que dictó en las principales universidades y centros culturales. Viajero infatigable, recorrió también el Viejo Mundo, dejando un doble recuerdo —de competencia indiscutible y de humanismo eficaz— incluso en los llamados países de «allende el telón» —denominación ya vieja— como Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia. Fue en la reunión de Zagreb del Instituto de Derecho Internacional en la que le nombraron miembro asociado, honor excepcionalmente dispensado.

En Madrid participó en los trabajos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, asumiendo la dirección del Instituto Francisco de Vitoria, donde, con la ayuda del infatigable Luciano Pereña, dio nueva vida a la *Revista Española de Derecho Internacional*. En las sociedades en él domiciliadas, como la de Francisco de Vitoria, de la que era director, y la de Estudios Internacionales, pronto se notó su presencia. Y fue elegido Rector de la Sociedad de Estudios Internacionales en 1969, impulsando sus cursos especializados por los campos de la Organización internacional, las relaciones políticas y económicas, la estrategia y la política exterior española. En *Estudios Internacionales* también colaboró.

En el Instituto de Estudios Políticos entró cuando llevaba años de colaborar y participar en sus tareas. Adscrito a la Sección de Relaciones Internacionales, un mes antes de su óbito, y por propuesta unánime de la Sección encabezada por el entonces presidente en funciones, asumió la presidencia. La muerte cruel arrebató a quien seguramente potenciaría la intensidad de la labor en curso. El lector paciente de *Política Internacional* —y en menor

escala de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS— encontrará su firma, sus iniciales o su seudónimo («Liudprando») en multitud de trabajos que lo tocaban todo, con la riqueza informativa y la lejanía de perspectiva que le caracterizaron. Al morir tenía pendiente un trabajo especial sobre Méjico, que desgraciadamente no será fácil reconstruir con los datos que acumuló.

No hace tres años que fue electo numerario de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; su ingreso fue otra lección magistral sobre el Tribunal de La Haya, donde, por cierto, había actuado en el conocido caso de la Barcelona Traction, defendiendo con éxito con otros ilustres colegas, a España. García Arias se multiplicaba combinando viajes y cátedra, vida social de relaciones culturales y trabajo de despacho. Tenía docena y media de condecoraciones nacionales y extranjeras (principalmente hispanoamericanas) y una docena de diplomas, títulos de honor u otras declaraciones equivalentes, que testimoniaban los méritos que por doquier se le reconocían, y el afecto e interés que despertaba.

Es imposible resumir su producción bibliográfica. El mismo hizo un buen resumen (hasta 1968) al final de su monumental *Corpus Iuris Gentium*, aparecido ese año. Sus primeras obras fueron dos folletos —densos— (*Directrices internacionales de España y Finlandia ante Rusia*). Luego vendría la *Historia del principio de la libertad de los mares*, *Historia de la Doctrina Hispánica de Derecho internacional*, *La política de la coexistencia pacífica*, *La política internacional en torno a la guerra de España*, *La guerra moderna y la Organización Internacional*, *Las diferencias entre la URSS y la China comunista* (tema en el que seguía trabajando), *Estudios de Historia y Doctrina del Derecho internacional*, *Antiguas y Nuevas formas de la Diplomacia*, *Estudios sobre las Relaciones internacionales y el Derecho de Gentes*. Añádanse biografías (Vera y Zúñiga), Programas, Estudios históricos (Relaciones internacionales en el siglo XIX), ensayos onusianos y poleimológicos. Estudios sobre la Pedagogía internacional, y sus respectivas colaboraciones (en Razón y Fe, Revista de la Marina, la Ciencia Tomista, REP, Política Internacional, Temis, Estudios Políticos y Universidad, Annuaires de AA. de La Haye, Anuarios del ILHADI, Derecho de Gentes, Geopolítica, Estrategia, etc.). Dos docenas de prólogos y otra larga de traducciones de obras extranjeras (incluidas las de Grocio, Cremona, Villadiego, Beaufre, etc.). Regularmente desarrollaba emisiones radiofónicas sobre temas internacionales. En fin, nunca acabaríamos reseñando la que fue breve, pero intensa vida de fecundo trabajo.

Dios le habrá acogido con su Misericordia. El Instituto que lloró su pérdida y sus amigos, compañeros o discípulos, no le olvidaremos. Y estamos resueltos a que ni su obra se disperse, ni su recuerdo quede en evocación fría, ni sus tareas se interrumpan. Aunque sin él, todo será difícil, empezando por el problema de cubrir sus múltiples vacíos.

